

Elena Garro, *Un traje rojo para un duelo*. Colección Más Allá
15. Monterrey: Ediciones Castillo, 1996.

La suerte de las obras literarias, sin duda, está ligada al destino de su autor. Tal es el caso de *Un traje rojo para un duelo*, publicada más de treinta años después de la concepción de su idea.¹ Elena Garro ha dado

¹ En entrevista con Joseph Sommers en agosto de 1965, Elena Garro hace referencia a esta obra que había sido concebida para el teatro. Es interesante saber el resultado final de *Un traje rojo para un duelo* convertida en narración, pues la autora después de haber relatado la trama sostenía que: “Así contado no [parece una idea muy bonita], porque el teatro ya ves que es muy complicado; se plantean muchas cosas” (Miller 219)

a conocer material literario que había estado guardado durante largo tiempo. El proceso de estas obras será, seguramente, objeto de estudio para los seguidores de nuestra autora. En el caso del libro que nos ocupa es peculiarmente sugestivo encontrar aquellos elementos escénicos dentro de la narración, ya que primigeniamente tenía un planteamiento dramático.

La protagonista de esta novela corta, Irene, es quien relata su propia condición de adolescente dividida entre mundos tan dispares como el de sus padres: Gerardo, su familia y sobre todo la abuela Pili representan la parte material, dura de la existencia, mientras que Natalia y su padre moribundo encarnan la dimensión espiritual, idealista de la vida. “Me sentí copada, dividida entre mi padre que deseaba aliviar mi pena, y mi madre a la que deseaba ayudar a llevar su dolor” (65). La voz en primera persona incorpora otras voces, otras perspectivas de la trama. De modo que existe una voluntad de mostrar distintos puntos de vista de un mismo acontecimiento. Estas irrupciones en el flujo narrativo se dan como digresiones de la propia voz de la enunciación o como puestas en escena a través de diálogos entre algunos personajes. Esta continua preocupación de dar constancia de la visión de los demás está sostenida por una sólida construcción de los participantes de la intriga.

Así como hay una escisión en la figura protagónica de la novela, existe un claro contraste entre los personajes. Por un lado, se encuentran los parientes paternos, seres oscuros y con intenciones dudosas hacia los demás; por el otro, la familia de la madre, quienes experimentan el trauma de la pérdida del padre. La abuela Pili, “La Gorgona”, en cuya casa habita Irene, es asociada con lo diabólico a través de la presencia de un bicho, un insecto repugnante, que atemoriza a la protagonista. Angustias, la tía maldiciente, aprovecha cualquier instante a solas con la adolescente para soltar el aguijón de la sospecha. Alfredo y Remedios son la reiteración de la pareja infeliz, en la cual el sometimiento de la mujer es la constante; Miguel, hijo de éstos, es el personaje con quien se identifica la narradora, puesto que comparten el infortunio de ser jóvenes e incomprendidos. De la línea materna, resalta la dicha de Antonio y Margarita, pareja maravillosa de ancianos quienes disfrutaban hasta el último minuto del preludio fúnebre. Eduardo y Ana, hermanos de Natalia, son la encarnación de lo etéreo, por lo mismo incapaces de hacer frente a algo tan tangible como la muerte.

La descripción del ambiente de ambos mundos también es contrastante. “En las casa de Pili se descomponían los cuerpos, los sentimientos, y la vida entraba en un orden maloliente” (61). Esta descripción se contrapone a la visión de la adolescente con respecto al

hogar materno: “Me acerqué a contemplar la quieta presencia de mi abuelo sonriendo, y descubrí que el máximo misterio era la belleza y que la casa estaba bañada de belleza con la muerte de mi abuelo” (62). Dos puntos son peculiarmente interesantes, uno es el de la identificación de la cabeza de familia, así el vínculo del padre se conecta con una figura femenina, Pili, mientras que la rama materna se relaciona con la figura masculina del abuelo; otro es el de la oposición vida-muerte y su proyección en la trama, pues la fortaleza de la abuela materna sólo tiene una repercusión maligna, en contraste con la defunción del abuelo que irradia vigor.

Esta confrontación de opuestos es ágilmente aprovechada y desemboca en el mismo título de la novela: *Un traje rojo para un duelo*. Elena Garro utiliza con habilidad las dos acepciones de la palabra duelo: una, la aflicción que provoca la muerte, otra, la de enfrentar algún agravio. De tal suerte que la escena principal, el ofrecimiento de Pili y de Gerardo de comprarle un vestido para consolarla por los funerales del abuelo, provoca una reacción de doble sentido en la que el traje adquiere otra significación: “La seda roja me devolvió la vitalidad perdida” (66). Nuevamente, la muerte del abuelo se transforma en energía para vivir, para resistir el ultraje perpetrado por Pili. Irene toma distancia de la postura incorpórea de sus familiares maternos: “Pensé que el traje rojo que vendía la francesa podía incendiar la mezquindad que me rodeaba” (70).

Tal vez, esta novela corta esté ligada a la literatura fantástica para niños, donde se acentúan las características del bien y del mal. En el mismo texto se hace mención a dos autores vinculados con el público infantil: Hans Christian Andersen (74-75, 85) y Lewis Carroll (66, 78), ambos son presencias del ámbito fantástico de Irene, quien anhela sobrepasar la realidad que la oprime.

Un traje rojo para un duelo tiene como estrategia narrativa intercalar las voces de los otros, quienes cuentan momentos significativos para la comprensión de la trama presente basada en las contradicciones de la vida de Irene. En esa oposición de belleza/fealdad, bondad/perversidad, vida/muerte se sustenta este relato que podría servir de puente entre la obra dramática y narrativa de Garro.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

MILLER, BETH. *26 autoras del México actual*. México: Costa-Amic, 1978.